

Arriba parias de la tierra.

Anastasio Rojo Vega.

Desde que el hombre se puso un día a pensar, ha tenido rodando por su mente la idea de que todo se mueve en círculos que se repiten formando una cadena sin fin. Ciclos buenos y ciclos malos, como el de las siete vacas flacas y las siete gordas del Antiguo Testamento, que José, primer crítico cinematográfico, explicó al faraón tras una noche toledana.

Todo se repite y también que por encima de ciclos amables y temibles haya siempre unos seres privilegiados que les contemplen desde los alturas y sin preocuparse, voyeurs privilegiados sentados en un trono sobre las preocupaciones ajenas.

Es lo que decía un compañero mío de promoción de la Facultad de Medicina, hijo de familia bien de las de toda la vida de una capital cercana a Valladolid, cuando le pinchábamos. La Facultad vallisoletana era tan roja entonces, que consideraba reaccionario a Santiago Carrillo y sin futuro al Partido Socialista. Estábamos convencidos de que en las primeras elecciones que hubiese arrasaría el comunismo duro, por eso le gastábamos bromas. Mira que van a gobernar los comunistas, le decíamos, y él, con una lucidez maravillosa para los tiempos que corrían, nos contestaba sonriendo: “Me da igual que gobiernen los comunistas o los falangistas, porque gobierne quien gobierne, los que vamos a seguir viviendo bien vamos a ser los cuatro hijo putas de siempre”.

Es que uno de los ciclos recurrentes de la historia humana es ese de que haya tiempos de riqueza y pobreza y que los ricos sobrevivan mejor que nadie a la miseria. Dicho de otra manera, una constante histórica es que siempre haya ricos y pobres y que los ricos tengan más posibilidades de seguir siéndolo cuando acabe una crisis que los que se vieron metidos en ella sin nada.

Nos hemos acostumbrado a una sociedad en la que las fronteras entre afortunados y desgraciados se han borrado bastante. Contar que hace cincuenta años había bailes separados para pobres y para ricos se ha convertido en divertida historia de viejas. Comenzamos compartiendo con los potentados las ropas de marca – el mítico Lacoste de nuestra adolescencia – y hemos acabado acudiendo como ellos a los restaurantes de comer raro que unos llaman de nueva comida y otros de comida cara.

Algo, sin embargo, está cambiando. Como todos nos sentíamos ricos, nos habíamos hecho individualistas, habíamos olvidado al prójimo, pero día a día y hora a hora la prensa, la radio y la televisión nos está informando de que los dos grupos de siempre se están reorganizando, sindicando, los ricos con los ricos y los pobres con los pobres, los banqueros con los banqueros, los promotores de viviendas con sus semejantes y los pobres entre sí como afectados, damnificados, perjudicados por... y reverdecen las asambleas y las manifestaciones y, pudiera ser, dentro de poco las huelgas.

Quizás volvamos al esquema político de siempre, los ricos a defender lo suyo y los pobres sus necesidades básicas ¿Derechas e izquierdas? Se llame izquierda o no, deberá haber un partido que se centre en facilitar la vida a los que lo pasen mal. Ambiciones individuales y derechos humanos en pugna. Los que gobiernen a intentar solucionar las penurias y Franco para el juez Garzón.